

Obedeció Empson al instante, siguiendo el intento que se propuso, tocó mas de una nota falsa. El rey que tenía buen oído músico lo conoció al momento. — Picaron, dijo el rey en voz alta, ¿estás ya borracho, y tan de mañana? ¿Te atreves á olvidarte de tu deber en mi presencia? — Tú piensas que naciste para medir el compas; pero yo haré que le lleven sobre tus costillas. Dióse el músico por avisado, y tuvo buen cuidado de tocar de un modo digno de su fama. Pero la música no produjo la mas leve sensacion en Fenella, en cierto modo recostada junto á la pared del cuarto, pálida como la muerte, los brazos caidos, inmovil, y sin otra señal de existencia que el movimiento del pecho agitado, y algunas lágrimas que caian de los ojos medio cerrados.

— ¿Qué yerba pisaron ambas? dijo el rey, debe correr algun viento maligno. Vamos, hija mia, diviértete un poco. ¡Eras una ninfa, y te has vuelto una Niobé! ¿Quién te ha trasformado así? ¡Muy bien va! pues si siempre te estás así, te quedarás pegada á la pared como pieza de marmol. Oyes, Jorge, dime, ¿has

disparado tambien alguna flecha hácia este lado?

Julian puso la rodilla en tierra, sin dar tiempo al duque para responder, y le suplicó le oyera un instante. — Esta desgraciada joven, dijo, es, tiempo hace, criada de la condesa de Derby, y es sorda-muda.

— ¡Cómo diablos! ¡y baila tan grandemente! Vaya, vaya, ni todo el colegio de Gresham me harán creer tal disparate.

— Tambien lo hubiera yo creido imposible si no lo hubiera visto esta mañana. Pero, ¿no me permitirá Vuestra Magestad presentar la humilde peticion de la condesa?

— ¿Y quién eres tú mismo, joven, pues, aunque todo el que lleva gorra y saya tenga derecho de hablar al rey y de que él le responda, no creo que todos pueden reclamar el privilegio de que se le oiga por un enviado extraordinario.

— Yo soy Julian Peveril, señor, hijo de sir Geoffrey Peveril, del castillo de Martindale, que...

— ¡Por vida mia! ¡uno de los antiguos va-



lientes de Worcester. ¡Cómo diablos! me acuerdo de él muy bien. Pero pienso que le ha sucedido alguna cosa. ¿No ha muerto? ¿no está malo?

— Está muy á disgusto, señor, pero no enfermo. Le han puesto preso, acusado falsamente de haber tomado parte en la conspiracion.

— ¿Ves tú eso? yo estaba ya enterado de que le habia sucedido alguna cosa. Y con todo, no sé yo como sacar al bravo caballero de este atolladero. Apenas puedo escapar yo mismo de las sospechas de haber tomado parte en esta conspiracion, aunque digan tiene por objeto principal quitarme la vida. Si moviera yo un dedo para salvar un solo conspirador, me acusarían de cierto como cómplice. Buckingham, tú tienes algun crédito para con los constructores de esta bella máquina de guerra, ó por lo menos para con los que la han llevado. Muestra una vez bondad de alma, aunque no lo tengas muy de costumbre, é interviene en favor de nuestro amigo antiguo de Worcester, de sir Godfrey. ¿Tú no te has olvidado de él?

— No, señor, porque nunca oi ese nombre.

— Sir Geoffrey es lo que Su Magestad ha querido decir, milor, dijo Julian.

— Y, ¿aunque Su Magestad hubiera querido decir sir Geoffrey, señor Peveril? No sé lo que puedo hacer por su padre de vm. : le acusan de un crimen capital, y todo vasallo inglés, en ese caso, no puede alcanzar la proteccion de un príncipe ni de un par; es preciso que aguarde su sentencia ó su justificacion de Dios y de su patria.

— Perdónete el Cielo tu hipocresía, Jorge, exclamó el rey con viveza : tanto quisiera oír al diablo predicar de religion como al duque de Buckingham de patriotismo, tú sabes, tan bien como yo, que la nacion está en un acceso de fiebre ardiente, temerosa de esos pobres católicos que no salen á dos contra quinientos, y que el espíritu público está ya tan cansado de relatos de conspiraciones y de nuevos horrores referidos cada dia, que ya no se distingue lo justo de lo injusto, como el que habla en sueños no sabe lo que es ó no razonable. Largo tiempo he sufrido este delirio. Yo he visto correr la sangre en el patíbulo, temien-



do que si me oponia, irritase aun el furor de la nacion, y pido á Dios que ni yo ni los míos seamos algun dia responsables. Pero ya no quiero dejarme arrastrar de un torrente que me ordenan detener mi honor y mi conciencia. Trato de obrar como soberano, y librar á mi pueblo, aun con disgusto suyo, del pesar que podrá tener algun dia de haber cometido nuevas injusticias.

Carlos andaba por el cuarto á pasos largos, expresando con una energia extraordinaria sentimientos excelentes. Despues de un corto silencio, le dijo el duque en tono grave:

— Eso es hablar como rey, señor; pero, perdone vuestra Magestad, no como rey de Inglaterra, al tiempo que pronunciaba el duque estas palabras, se paró Carlos á una ventana sobre White-Hall, y se inclinaron sus ojos sin querer hácia la fatal ventana por la que su desventurado padre habia salido para subir al suplicio. Carlos era bravo por caracter, ó por mejor decir, por temperamento; pero una vida pasada en los placeres, y el hábito de portarse con arreglo á circunstancias, mas que segun

principios de justicia, le hacian menos apto para hacer frente á la misma escena de peligros y martirios que habian puesto fin al reinado y vida de su padre. Y este pensamiento desvaneci6 la resolucion medio formada, como apaga la lluvia un fuego recién encendido. En cualquier otro principe su indecision pareceria ridicula; pero nada era capaz de hacer perder á Carlos la gracia y dignidad que le eran tan naturales, como su indiferencia y buen humor.

— Nuestro consejo decidirá este negocio, dijo él mirando al duque. — Y en cuanto á ti, joven, añadió volviéndose á Julian, está seguro que tu padre tendrá un intercesor en su rey, en todo cuanto me permitan las leyes intervenir para favorecerle.

Julian estaba ya para retirarse, cuando Fenella echándole una mirada expresiva, le metió en la mano un pedacito de papel en el que habia escrito de prisa, «¿y las cartas?... entréguelas vm.»

Julian, despues de haberse detenido un poco, reflexionando que muchas veces era Fene-



lla el órgano de la condesa, y que probablemente cumplía sus órdenes, se decidió á seguir su consejo.

— Señor, dijo, permítame Vuestra Magestad poner en sus manos estas cartas, que me ha confiado la condesa de Derby. Habiéndomelas robado ya una vez, no me queda esperanza en el momento de poderlas entregar á quien van los sobrescritos. Yo las pongo pues en vuestras manos, confiado en que sus contenidos comprobarán la inocencia de quien las escribió.

Tomólas el rey con una especie de repugnancia y dijo moviendo la cabeza: — Te has encargado de una comision peligrosa, joven: mas de cuatro veces han degollado á un mensajero para quitarle la correspondencia. No importa, las recibo. Mistress Chiffinch, dame lacre y una bugia encendida.

En tanto que obedecia el ama de la casa, Carlos las ponía bajo de una cubierta. — Buckingham, dijo el rey, te pongo por testigo de que no he leído estas cartas antes que pueda verlas el consejo. El duque se ofreció á dispo-

ner la cubierta; pero el rey persistió en hacerlo por sí mismo, y luego que acabó, la selló con su anillo real mientras que Buckingham se mordía los labios de despecho.

— Ahora bien, joven, dijo el rey á Julian, tu comision está concluida: á lo menos por la presente.

Interpretando Peveril con razon estas pocas palabras como una orden de retirarse, saludó profundamente y se adelantó hácia la puerta. Adelaida Bridgenorth, que se mantenía con la mano puesta en el brazo de Julian hizo un movimiento para seguirle. El rey y Buckingham se miraron como sorprendidos, pero manifestando ganas de reir, por lo extraño que les parecia se les arrebatara la presa que se disputaban poco antes, y por un tercero competidor incapaz de resistir á ninguno de ellos.

— Mistress Chiffinch, dijo el rey con una turbacion que no pudo disimular. ¿ Con que se va esta muchacha de tu casa.

— No por cierto, señor, contestó la señora.



Mi querida amiga Adelaida, vm. se ha equivocado. Esta es la puerta para ir á su cuarto.

— Perdone vm., señora, respondió Adelaida, me engañé ciertamente, pero fué cuando puse los pies en esta casa.

Buckingham echó al rey una mirada tan expresiva como lo permitía la etiqueta, y despues á Adelaida asida al brazo de Julian :

— Esta señorita errante, dijo él, no tiene gana de volver á equivocarse el camino; porque ha escogido un buen conductor.

— Y con todo eso, dijo el rey, muchas historias nos enseñan que tales conductores han extraviado mas de cuatro doncellas.

Adelaida se sonrojó, pero recobró toda su firmeza, viendo que su libertad dependeria probablemente del uso de una resolucion bien positiva. Abandonó por un sentimiento de delicadeza ofendida el brazo de Julian; pero hablando como estaba tomó la falda de la casaca.

— Sí, engañéme en el camino, dijo dirigiéndose á mistress Chiffinch, cuando pasé el umbral de esta casa, y la indignidad á que me

acabo de ver expuesta me ha determinado á salir de ella al instante.

— Eso no lo permitiré yo hasta que su tío de vm., que la puso bajo mi direccion, me libre de la responsabilidad.

— De mi cargo queda, señora, el responder á mi tío sobre mi conducta, y lo que importa mas, á mi padre. Vm. no puede impedirme que me vaya: yo soy libre, y vm. no tiene derecho para detenerme.

— Perdone vm., señorita, le tengo y haré que se me guarde.

— Eso es lo que quiero yo saber al instante, dijo Adelaida con firmeza; y adelantándose hácia el rey se postró á sus pies:

— Señor, dijo, siendo cierto que me halló en presencia del rey Carlos, Vuestra Magestad es el padre de sus vasallos.

— Sí, de muchos de ellos, dijo aparte el duque de Buckingham.

— Reclamo vuestra proteccion, continuó Adelaida, en nombre de Dios, y del juramento que habeis prestado, cuando fuisteis coronado rey.



— Tienes mi proteccion, le dijo el rey algo confuso, al oír una invocacion tan solemne é inesperada; quédate tranquila en casa de esta señora, donde te han puesto tus parientes, y yo salgo garante de que ni Buckingham ni cualquier otro volverá otra vez á incomodarte.

El espíritu mordaz de contradiccion poseia de tal modo á Buckingham, que jamas podia resistir al deseo de decir un sarcasmo contra todo miramiento, y aun contra su propio interés.— Su Magestad, dijo él á Adelaida, la preservará á vm. de toda visita importuna, no siendo aquella que no puede llamarse importunidad.

Adelaida echó al duque una mirada penetrante, como para leer su pensamiento, y volvió despues los ojos al rey, como para ver si habia ella interpretado bien lo que acababa de oír. Vió en el rostro de Carlos una confusion criminal que la confirmó en la resolucion de marcharse.— Me perdonará Vuestra Magestad dijo ella; no es en este sitio donde puedo gozar de la proteccion que me dispensa; estoy resuelta á salir de esta casa. Si se me retiene,

será por violencia, y espero que nadie será tan atrevido que se valga de ella ante Vuestra Magestad. El señor á quien conozco mucho tiempo ha, me hará el favor de llevarme á casa de mi padre.

— Nosotros hacemos muy mal papel en esta escena, dijo el rey en secreto al duque de Buckingham. Conviene dejarla que se vaya: no quiero ni me atrevo á impedir que vaya en casa de su padre.

— Y si vuelve á ella, juro el duque interiormente, consiento, como decia sir Andrés, no tocar jamas la blanca mano de una bella dama. Dando entonces algunos pasos hácia atras, dijo algunas palabras por lo bajo á Empson, quien salió por un instante del cuarto y volvió á entrar casi al mismo tiempo.

El rey parecia indeciso sobre lo que hacer debia en circunstancia tan singular. El dejarse chasquear en una intriga galante, era exponerse á ser la fábula de toda su corte; insistir en ella por medios que se aproximaran á la fuerza, seria obrar como un tirano, lo que



tal vez no le disgustaba menos, por ser un modo indigno de un hombre bien nacido.

— Por mi vida, joven, dijo al fin, nada tienes que temer en esta casa; pero no conviene por miramiento á tu misma persona, que te vayas tan bruscamente. Espérate á lo menos un cuarto de hora, y tendrás á tu disposicion el coche de mistress Chiffinch para llevarte donde gustes. No quieras tener tú el disgusto de irte de ese modo, ni de darnosle á nosotros viéndote salir de la casa de un criado nuestro como si te escaparas de una carcel.

El rey hablaba en este momento con sinceridad y tan conforme al movimiento de un buen corazon, que Adelaida estuvo casi tentada por seguir su dictamen. Pero acordándose que debia buscar á su padre, á su tío, ó algun parage decente donde residir por el pronto si no los hallaba, se le ocurrió de repente que los criados de mistress Chiffinch no eran los conductores en quienes ella podia confiar. Hizo, pues saber con respeto, pero con resolucion, su intento de partir al instante. Añadió que no tenia necesidad de otra proteccion que la del

señor Julian Peveril, sugeto bien conocido de su padre, que se encargaba de ponerla en su poder, y que no necesitaba ni aun del señor Julian sino hasta este caso.

— A Dios, pues, en nombre del cielo, bella dama, dijo Carlos; siento mucho se junte tanta hermosura con tanta desconfianza. En cuanto á tí, Peveril, hubiera creído que tus propios negocios debieran ocuparte tanto que te quitasen el deseo de mezclarte en los caprichos del bello sexo. El deber de acompañar á una doncella extraviada por un camino bueno, es algo difícil, segun van las cosas en esta buena ciudad, para un joven sin experiencia.

Julian, no teniendo otra cosa mas sobre sí que alejar á Adelaida de un parage que comenzaba á reconocer plenamente como peligroso, no respondió á este sarcasmo, hizo con respeto un saludo, y salió con ella del cuarto. Su aparicion repentina, y la escena tan particular ocurrida despues, habian absorbido por el pronto la memoria de la condesa de Derby, y aun la de su padre; y en tanto que la confidente muda de la condesa se quedaba en la sa-



la, mirando en silencio, y en apariencia aturrida con todo lo que acababa de suceder, Peveril, ocupado totalmente en los intereses de Adelaida, se olvidó de esta joven desgraciada. Pero apenas se marchó sin pensar en ella y sin hacer atencion, cuando Fenella, haciendo como que despertaba de repente, levantó la cabeza estremeciéndose, y miró con ojos espantadizos alrededor de sí, en ademan de asegurarse de la salida de su compañero, sin cuidarse de ella. Juntó las manos, levantó al Cielo los ojos, y se veía tal expresion de angustia en sus miradas, que Carlos creyó poder explicar las ideas trabajosas que se presentaban en su imaginacion.

— Este Peveril es un perfecto modelo de perfidia afortunada, dijo. No solo ha logrado á la primera vista robar esta reina de las Amazonas, sino que nos ha dejado tambien, á lo que me parece, una Arriana desconsolada en su lugar. No llores, ¡princesa mia de la agilidad y gentileza! Si no podemos llamar á Baco en tu auxilio, te confiaremos al cuidado de Empson que se halla en estado de apostárselas

al dios del vino, á quien beberá mejor, y yo seré el primero en poner á favor suyo.

Apenas habia el rey pronunciado estas palabras, cuando Fenella pasó por delante de él con su ordinaria ligereza; y, sin importarle si guardaba el respeto debido á la presencia del monarca, sin dirigirse á él de modo alguno, salió de la sala, bajó con ligereza la escalera, pasó por el patio, y se puso de pies en la calle. Carlos vió con mas sorpresa que disgusto su partida repentina; y despues de una carcajada de risa, dijo al duque de Buckingham: — ¡Cómo demonios es esto! Jorge, ¡ese joven pisaverde podria enseñar al mas sabio de nosotros el arte de apoderarse del corazon de las hermosas! tengo alguna experiencia en esta materia; pero jamas he podido lograr ganarle ó perderle con tan pocos cumplimientos.

— La experiencia es el fruto de los años, señor, dijo el duque de Buckingham.

— Es verdad, Jorge, repuso el rey, y tú, sin duda, quieres darme á entender que lo que se gana en experiencia se pierde en juventud. Pero yo me burlo de esta insinuacion, Jorge.



No eres tú mas fino que tu señor, tan viejo como le juzgas, ni en amor ni en política. No conoces tú el secreto de pelar la gallina sin que se queje, testigo fidedigno tu ocupacion de esta mañana. Te daré ventaja en todos los juegos, sí, aun á la pelota, si te atreves á aceptar el desafío. Muy bien, Chiffinch, ¿por qué desfigurá tu linda cara forzando tus ojos á derramar algunas lágrimas rebeldes?

—Porque temo, respondió mistress Chiffinch en tono lloroso, que Vuestra Magestad no piense..., que no se imagine...

—¿Que yo piense hallar agradecimiento en un cortesano, é imagine tenga buena fe una muger? replicó el rey haciéndole la mamola para hacerla levantar la cabeza; no, hija mia, yo no soy tan ridículo.

—Siempre lo mismo, dijo ella dando gritos, para reemplazar las lágrimas que no podia derramar; veo bien que Vuestra Magestad está determinado á echarme la culpa de todo, siendo tan inocente como el niño en la cuna. Me refiero á Su Señoría.

—Sin duda, sin duda, Chiffinch, dijo el rey,

Su Señoría y tú sereis excelentes jueces en vuestras causas respectivas, y cada uno de vosotros sereis en los negocios de uno y otro los mejores testigos. Pero, para instruir el asunto con imparcialidad, es necesario que os oiga yo por separado. Milor, te espero al medio dia para jugar á la pelota una partida, si se atreve Vuestra Señoría aceptar el desafío.

El duque de Buckingham saludó y se retiró.